



Dicen

María Sierra González.
Talavera de la Reina. 20 años

Mientras estudia y escribe, a María le gusta reflexionar y rescatar del olvido a esas mujeres de pueblo, calladas, que, de pronto, rompen su silencio antiguo y tienen mucho que decir. Porque dicen que no te haces moños, ni vistes colores oscuros. Dicen que no vas a misa. Dicen. Tantas cosas dicen los que no te conocen...

Dicen

María Sierra González

Dicen los médicos que has muerto por un ataque al corazón fulminante, que aunque te hubieran llevado en su momento al hospital poco hubieran podido hacer. Que fue muy rápido. Que tenías la arteria coronaria destrozada y no sé cuántas cosas más.

No te encontraron hasta dos días después de muerta, cuando a alguien le extrañó que llevaras tanto tiempo sin barrer el portal, sin tender ropa en el balcón, sin salir ante el reclamo de los vendedores ambulantes que voceaban que tenían las picotas más hermosas de La Vera. Estabas echada en la cama y te habías puesto un vestido rojo pasado de moda y prendido un clavel en el pelo. Tenías los ojos cerrados y las manos cruzadas sobre el regazo, con las uñas larguísimas pintadas de color granate, como si te hubieras arreglado para una cita, y nada permitía sospechar la violencia del ataque que te había hecho trizas el corazón.

Dicen en el pueblo que, a pesar de que llevabas mucho tiempo muerta, todavía no se te había enfriado la piel cuando llegaron los de la funeraria para traerte al Parque de la Paz, el recién inaugurado tanatorio donde hay azafatas de metro setenta que reparan pañuelos y caramelos con publicidad: *puedes tener el mayor confort en la muerte*, tu nombre está escrito con letras doradas en la puerta de una de las salas, la gente pasea por los jardines y todo es blanco, inmaculado e inmenso, y terriblemente desangelado. Dicen que tenías las mejillas sonrosadas y que parecías más dormida que muerta, y a mí se me antoja difícil imaginármelo al verte en el elegante-ataúd-de-cerezo-forrado-de-raso-crudo que mamá eligió por catálogo. Claro, que también dicen que eres una bruja, y lo dicen en presente, como si todavía fuera demasiado pronto para que tu nombre sea irremediabilmente encadenado al «que en paz descansa» y el signo de la cruz en la frente, como el de todos los muertos de los pueblos. Comentan que caminas descalza de madrugada por las calles con los ojos ausentes, como una loca, que se te ha oído gritar como un demonio al atardecer en El Canto del Largarto, que has matado a dos gatos y un perro

y echado mal de ojo a tres niños.

Dicen también en el pueblo que nunca vas a la iglesia y ni siquiera te asomas a la ventana en la procesión del encuentro el domingo de Pascua, que no te haces moños ni vistes colores oscuros como todas las mujeres decentes de tu edad, que cómo es posible que sigas teniendo el pelo tan largo y tan negro, apenas con unas pocas hebras blancas, que ya no tienes veinte años, que te pasas el día cantando en un idioma que nadie entiende, que le has vendido tu alma al mismísimo Lucifer...

También en el velatorio, al que han acudido no sé por qué regla estúpida de cortesía rural, o quizá para asegurarse de que estás bien muerta y no te levantarás de tu tumba para atormentarlos en sus sueños, los he oído murmurar a mi alrededor. Decían que eras la más guapa del pueblo pero que eras una fresca y te enredaste con uno de los señoritos de Las Fuentes de Nadinos, que caíste lo más bajo posible para intentar pescarlo y él se aprovechó y luego te dejó para casarse con una de su clase, que te quedaste embarazada y pariste un engendro abominable que el párroco se negó a enterrar en Campo Santo, que te encerraste en tu casa y no quisiste volver a hablar a nadie jamás, salvo a Agustín, al que la meningitis había dejado atrapado para siempre en los cinco años, que seguías siendo guapa e incluso Luciano el de la tienda de ultramarinos te pidió matrimonio cuando su mujer murió en un parto y lo rechazaste de malas maneras. Aunque, eso sí, nadie se ha atrevido a negar que haces los mejores bordados de la comarca, que con la aguja y el dedal no tienes rival y antiguamente había que hacer de tripas corazón y encargarte los vestidos de novia y los ajuares... Han sentenciado, ahora ya sí en pasado, cuando la termita rápida del olvido comienza a horadar tu nombre como el de todos los muertos, que eras una vieja solterona y huraña y que se te había ido la cabeza por pasar tanto tiempo sola, que la familia debía haberse hecho cargo de ti, que la sangre es la sangre...

La sangre es la sangre... pero dice mamá que siempre se avergonzó de que fueras su hermana. Cuenta que tuvo que venirse a servir a Madrid, que allí todos la despreciaban porque pensaban

que era una mujer fácil como tú, que sólo regresó a ayudarte en el parto y tuvo que ir contigo, de noche y a escondidas, a enterrar a ese niño horripilante... Dice también que en el fondo no eras mala, que sólo fuiste un poco tonta y te dejaste embaucar por cuatro palabras bonitas, que con lo guapa que eras, aunque un poco ancha de caderas, eso sí, podías haber encontrado un buen marido y te desgraciaste la vida con ese estirado, que siempre tuviste la cabeza llena de pájaros y eso que eras la mayor. A veces mamá se pone a mirar fotos viejas y manteles bordados ya algo amarillentos y se le ponen los ojos turbios, pero no llora, porque mamá nunca llora, y dice que siente no haber ido a verte alguna vez pero que no puede evitar las náuseas que todavía le sobrevienen cuando recuerda la noche en que las dos cargasteis con un saco y una pala hasta El Canto del Lagarto.

Luego enseguida cierra el álbum de fotos mamá, como si cerrándolo cerrara también el pasado, y sacude la cabeza y se pone muy seria, y me dice, cada vez me lo dice más a menudo, que tengo que aprender de tus errores y no enredarme con ningún hombre sin que ella le haya dado el visto bueno antes, que son todos unos listos y en cuanto te abres de piernas te dejan tirada, que no escuche palabras tiernas, que haga como mi hermana que ya se ha comprometido con Juanjo, que es un chico taaaan majo y taaaan formalito, que tenga cuidado, que tengo tus ojos negros y tu piel de aceituna, y tu sangre, sobre todo tu sangre manchada ya para siempre...

Todo eso dicen en el pueblo, y todo eso dice mi madre, tía Espe. Pero, ¿sabes una cosa?, yo nunca conocí a la persona de la que ellos hablan. Sólo me acuerdo de aquel verano, cuando Mayte se puso tan mala y mamá me mandó al pueblo porque no podía cuidar de mí. Debía de tener diez años por aquel entonces, y tú me recibiste con un abrazo de esos inmensos que mi propia madre nunca me ha dado, la cortina espesa de tu pelo me hacía cosquillas en el cuello y olías a jazmín.

Todavía me acuerdo de cómo me despertabas cada mañana con un beso, del pulso lento de las tardes de costura a la sombra de la parra del jardín, con las avispas zumbando entre sus hojas,

de cómo dormíamos la siesta echadas bajo el ventilador del techo de tu dormitorio, con el culebrón de turno de fondo, que te encantaban los culebrones porque, decías, siempre terminaban bien; no me he olvidado de cuando nos bañábamos desnudas en el río en el incendio de las noches de julio o de los bailes a la luz de la luna al compás de la música de los grillos ni del arroz con leche y las natillas con galletas y las rosquillas glaseadas, de las partidas de cartas con Agustín, que tanto nos hacía reír, de cómo te inventabas todas las canciones y de que nunca te importó que saliera a jugar con los chicos y regresara tarde, llena de arcilla y con las rodillas magulladas, de aquella cabaña en construcción. De los claveles, me acuerdo sobre todo de los claveles de todos los colores que se desparramaban salvajes por el patio o caían desde el balcón, que florecían sobre la mesa o el frigorífico o la televisión y en todas las ventanas... Te recuerdo como una mujer chispeante y llena de vida a pesar de la sombra de tristeza que asomaba a tus ojos al atardecer, siempre esperando a alguien que no llegaba, que se retrasaba mucho, pero vendría, siempre durmiendo sola pero sin perder la ilusión. Y lo cierto es que hacía tiempo que se te había roto el corazón, había dejado de latir y seguías viviendo, seguiste viviendo hasta que un día los médicos confundieron el desamor con un ataque fulminante.

Y ahora estás muerta. Y nunca podrás contarme la verdadera historia, la que sólo te pertenece a ti, no la de los demás, sólo podré inventármela cosiendo los retazos que he arañado aquí y allá, intentar llegar a la verdad a través de un montón de mentiras.

Y mientras, a la salida del tanatorio, mamá, siempre tan práctica, se ha traído unos cepillos de dientes de ésos que dan en bolsitas precintadas y yo he arrancado una rosa blanca de tu corona funeraria (tu hermana y sobrinos no te olvidan sobre una cinta de púrpura) y me la he prendido en el pelo, y mi padre ha meneado la cabeza y ha dicho *qué poco respeto* y mamá se ha asustado como si hubiera visto un fantasma y nadie ha pronunciado una palabra camino de la iglesia.

No sé si te hubiera gustado tu funeral, tía Espe; tú que aborreías la solemnidad acartonada y rancia de las misas, con todas las beatas del pueblo de riguroso negro en los primeros bancos, gladiolos rosas (qué horror, estarás pensando) en el altar, el sacerdote hablando de redención divina y la procesión de gentes desconocidas que nos acompañaban en el sentimiento y que cuánto lo sentían.

Ahora han abierto la tumba de tus padres para enterrarte con ellos, porque mamá no quiso alquilar uno de los nichos de la parte nueva del cementerio y la gente mira al cielo porque parece que va a llover y acto seguido al reloj preguntándose cuánto más va a durar esto y polvo eres y en polvo te convertirás y de pronto parece que algo se ha roto dentro de mí, que se me reblandece el corazón, se arruga y cae la pátina de cemento armado que me creció dentro desde la niñez, se aflojan mis rodillas y se me encoje el pecho, y he empezado a llorar sin darme cuenta, y está lloviendo de pronto y la gente se va y mi padre me mira meneando la cabeza y mamá se asusta al ver mis lágrimas y me empujan hacia la puerta y no quiero ir, quiero quedarme un poco más contigo, tía Espe, no quiero volver a dejarte sola otros seis años, y no dejo de mirar atrás y puedo ver cómo una silueta oscura, algo encorvada, sale del laberinto de cruces que es el cementerio del pueblo y deja con mano temblorosa un manojo de claveles rojos sobre tu tumba.

Y de repente no necesito mirarlo más para saber de quién se trata. Ya no me importa que me empujen lejos de ti porque sé que no te dejo sola, que al fin se ha terminado la espera, ha llegado quien lleva años estando a punto de llegar para sorprenderte mientras bordas un mantel o unas sábanas bajo la parra cuajada de avispas.

Y ahora recuerdo con total nitidez aquella carta que guardabas en el cajón de las cucharas. Querida Esperanza, que no en la cómoda ni en el baúl ni en el secreter, tengo que marcharme a Madrid inmediatamente, como si verla cada día en la cocina (pero volveré en una semana, ya no podría estar mucho tiempo separado de ti) mantuviera viva la memoria de momentos irre-

mediablemente perdidos... y podremos reunirnos el domingo en el vivero de los claveles al atardecer. Soy testigo de tu triunfo, de ese hombre derrotado que llora bajo la lluvia junto a tu tumba recién abandonada (tampoco esta vez tuvo el valor de dar la cara ante todos) y, de alguna manera que no puedo explicar, sé que te quiero y siempre te querré, durante todos estos años en que tú te marchitabas esperando y te mordías los labios en sueños cada noche, hambrienta de viejos besos en la atmósfera húmeda y pegajosa de un invernadero. José María García-Tenorio Prado no ha podido olvidar ni un solo momento tu piel de aceituna que huele a jazmín o la cascada interminable de tu pelo. Y tu ausencia ha sido su tortura. Y la culpa ha sido su condena. Y está muerto, está ya muerto como tú, lleva mucho tiempo siendo devorado por los gusanos sin que nadie lo note. Y muy pronto dirán en el pueblo que en la tumba de la Esperanza, la loca, hay un ramo de claveles rojos que nunca se marchita, porque una mano invisible lo cambiará cada día. Y será el comienzo de una de esas leyendas de taberna que sobreviven al paso de las generaciones...

Ya la puerta se cierra tras de mí chirriando por el peso de tantos nombres e historias olvidados. Ya se pone en marcha el coche y rodamos carretera abajo, desaparece en una curva la cruz de cobre de la verja del cementerio... y no sé por qué me parece que he crecido de repente, que soy consciente por vez primera del peso de mis piernas y del roce de la ropa contra mi piel y de la caricia de mi pelo en la espalda y de mi cuello y mis manos y los lóbulos de mis orejas e incluso del dedo meñique del pie izquierdo, como si nunca hubieran existido hasta ahora. Y sé que ya nunca volveré a ser la niña que escuchaba en silencio las advertencias de mamá.

Prometo volver a verte muy pronto, tía Espe.

Prometo que no se olvidará la memoria de tu hijo. Prometo buscar a alguien para que cuide de tu parra y tus flores, y terminar de bordar el juego de toallas azul.

Prometo que seré feliz, que no habrá Juanjos ni Lucianos ni

soledad sin claveles.

Prometo llorar y tener miedo y arriesgarme y abandonarme a la pequeña felicidad de esos momentos preciosos que pasan y se van y dejan una huella indeleble en el alma.

Prometo no tener cuidado.

Prometo, sobre todo, dejar que fluya con total libertad por mis venas de hielo tu sangre manchada, cometer tus mismos errores y vivir.